pendientemente de la flaqueza innata á la naturaleza humana. Para suplir este defecto se hace imprescindible la infalibilidad, no como propia por ser hombre, sino como don del cielo en cuanto que es tal hombre, es decir, representante de Dios, con todos los títulos de una verdadera misión, encargado de gobernar á los súbditos y dirigirlos á un fin determinado, cierto. Para esto no bastan medios de eficacia dudosa, sino verdadera, que son los únicos medios proporcionados á un fin tan determinado. Por tanto la infalibilidad ha de extenderse á todo lo que se ha de creer y hacer, ó lo que es lo mismo, á la fe y á las costumbres.

Sin romper esta unidad, la misma multitud de los asociados y el número de sus necesidades reclaman otros poderes subalternos que se encarguen inmediatamente de la aplicación de los medios, pero de modo que todos los poderes vayan encadenándose por sus grados hasta llegar al primer eslabón que únicamente depende del cielo.

Y ¿dónde está esa autoridad? En la Iglesia Católica, que es, y ya lo hemos dicho, la reunión de los fieles bajo sus legítimos pastores, todos sujetos al Romano Pontífice, cabeza visible, representante de Jesucristo, cabeza invisible.

¿La Iglesia Católica es la verdadera? Sí, y para probarlo, aunque sea con la poca extensión que hemos querido dar á este opúsculo, se necesita capítulo parte.

CAPITULO IV.

Cuál es la verdadera Iglesia.

No perdamos de vista el enlace que entre sí tienen las verdades que vamos asentando: así se ayuda la memoria. Sólo nos falta probar que la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia. Usaremos de lo que llaman los lógicos "vía de remoción," es decir, veremos lo que no es la Iglesia, para llegar á lo que es.

Tenemos en el mundo: 1º La idolatría bajo mil formas: 2º El judaísmo: 3º El mahometismo: 4º El indiferentismo como sistema y 5º El Cristianismo. Siendo la idolatría en concepto de todos un absurdo de gran tamaño, la mayor aberración del entendimiento y del corazón humano, por estribar en la idea absurda de divinizar á la criatura como criatura, lo cual es lo mismo que negar la esencia.

de Dios y en último resultado negarlo todo por inevitables consecuencias. Dios es uno, único, infinito, necesario, simplicísimo, etc., ó no es Dios. La idolatría quita al Ser Supremo uno de sus atributos esenciales, la unidad, y después quiere adorarle con actos que el hombre más cínico por conducta, reprueba en el tribunal de su razón, no sólo como inconducentes sino abiertamente opuestos á la divinidad. La pluma se detiene sobre el papel para enumerar siquiera las nefandas ceremonias con que los antiguos idólatras daban culto á sus falsas deidades. ¡Buena caza tuvo el demonio con la diosa del amor, con Saturno y Baco! Tal religión, ¡lástima de palabra en estos casos! no puede en manera alguna, ponerse en parangón con las demás religiones para alcanzar la palma de la verdad.

El judaísmo. Todo cuanto pueda ser esta religión (?), si tal nombre quiere darse á los restos de superstición y de ignorancia dispersos por el mundo entero, sin más vínculos que su común desgracia; que llevar todos sobre su abatida frente el estigma del universal desprecio; que la especie de instinto congénito en esa raza para la avaricia; sin templo, sin altar; repito, todo cuanto pueda ser esa religión se funda en la expectación del Mesías ó Salvador del mundo, en quien han de cumplirse las profecías contenidas en los Sagrados Libros del Antiguo Testamento. Pero la expectación es vana y aún ridícula, cuando se demuestra con más luz que la del día, que tales

profecías han tenido su más perfecto cumplimiento, contribuyendo ellos, ciegos por la pasión, al cumplimiento en el "Hombre-Dios" que en el último instante de su vida mortal exclamó "Consummatum est:" Todo se ha consumado. El judaísmo, pues, queda fuera de la competencia.

Pasemos al mahometismo. La religión que cohonesta los actos más vergonsozos; que premia á sus acecuaces una vida que hubiera horrorizado al mismo Epícuro: de la que desciende por filiación directa el más ridículo, extravagante y ciego fanatismo: la religión que no tiene más medio de propagación que la fuerza bruta, sin instrucción de ninguna especie, no es la verdadera. Una religión así no necesita más caracteres de falsedad, antes bien bastaría uno de los enumerados; porque cada uno de por sí, es suficiente para llamar esa monstruosa planta, viciosa desde su raíz.

¿Qué diremos del indifenrentismo? sistema ó lo que quiera llamársele; eso no es religión ni mucho menos: es absurdo por ser el desprecio más grande de lo más importante para el hombre. Es más bien sistema de demolición, sistema de negación. Sus seguidores son cierta clase de estiocos que vegetan como meros animales y marchan sin rumbo fijo, con la risa ó gesto en los labios para lo más serio y digno de atención y examen concienzudo. Estos *entes* no aspiran á la palma de la verdad; la desprecian, la pisotean, le vuelven las espaldas con desdén. Si se les pide explica-

ción de su conducta, no arguyen en el fondo más que pereza y otros vicios de parecida laya.

Queda en pie el Cristianismo. En este hay varias sectas, pero puede decirse que no más el Catolicismo y el Protestantismo disputan el terreno. Siendo éste último en la práctica la división más espantosa, consecuencia del principio que pregona, no puede estar en posesión de la verdad. Quitar toda autoridad en materia de fe y costumbres, poner sólo la Biblia con la condición de que cada uno se guíe por su propia razón; ved el principio. Además, los protestantes no pueden presentar títulos ningunos de institución divina; por el contrario, si rompemos la careta con que se cubre, notaremos en su faz sañuda y demacrada, la imagen más perfecta del vicio, el orgullo y la lascivia que le llevaron á la rebelión, la rabia que le condujo al infernal intento de proscribir las instituciones más santas. Haciendo á un lado lo que horroriza, no deja de ser curiosa la vida de los reformadores: ¡Lutero, Calvino, Enrique VIII! qué figuras tan repugnantes á la moral (1).

Por este procedimiento que pudiéramos llamar negativo, si no queremos asegurar que la verdadera religión no existe ya sobre la tierra, lo cual sería negar la providencia de Dios, tenemos que confesar que esa religión verdadera es el Catolicismo. I ved que el argumento

(1) Es muy agradable la lectura de la «Historia de las variaciones» y «El protestantismo comparado con el Catolicismo.»

no tiene solución posible porque se funda en un procedimiento lógico que todos admiten y que no pueden menos que admitir. En toda proposición disyuntiva, así como de la afirmación de uno de los miembros se sigue la negación de los demás, así de la negación de éstos se sigue la afirmación del primero. Veámoslo en estos ejemplos de Balmes: 1º "La acción es útil, ó dañosa ó indiferente,—no es útil ni indiferente;—luego es dañosa—2º La acción es útil, ó dañosa ó indiferente;—Es útil;—Luego no es dañosa ni indiferente." Se ve que los dos procedimientos sólo se diferencían en que el uno es afirmativo y el otro negativo; pero los dos son lógicos y engendran consecuencias igualmente legítimas.

Ya casi es de mal tono repetir argumentos tan sabidos, que militan de modo positivo sobre la Iglesia Católica, en la cual únicamente se encuentran reunidas las notas que debe tener la verdadera Iglesia. Visible, una, santa, católica, apostólica y romana. *Visible*, porque es sociedad que forman y deben formar los hombres, y por tanto ha de ser de modo que sepan cuál es el cuerpo á que han de adherirse. *Una*, no solo en el espacio, sino que también en el tiempo. Vínculos estrechos nos unen á los primitivos cristianos y á los que nos han de seguir sobre la tierra hasta la consumación de los siglos. Lazos de amor nos atan á nuestros dichosos hermanos,que ya están en la patria de los bienaventurados á donde marchamos por este valle de lágrimas. Ataduras

de compasión, de ternura median entre nosotros, y los que en el purgatorio están purificándose para entrar en las eternas mansiones de la gloria, que Dios preparó á sus escojidos. Una es la cabeza invisible, Jesucristo: una la visible, el Romano Pontífice; una la fe; uno el fin de los sacramentos, nuestra santificación, etc.

Santa, porque su Fundador es santo por esencia, porque es Dios verdadero de Dios verdadero, el Santo de los Santos. Santa su fe, sus leyes, sus sacramentos y santos sus efectos, porque realmente traen la santificación á nuestras almas si queremosa provecharnos. Sólo la Iglesia Cotólica puede presentar en el mundo dechados de verdadera santidad, y no uno, sino millones de hombres que han ascendido ya, y otros que van ascendiendo al cielo procurando aumentar más y más los quilates de su virtud. En fin, ¿para qué detenernos en la repetición de los argumentos, tantas veces presentados por nuestros apologistas con toda solidez é importancia? ¿para qué repetir razones que nuestros enemigos no alcanzan á medir porque no quieren? ¿para qué cansarnos en inútilis trabajos por la obstinación de los adversarios? Los argumentos ahí están con toda su fuerza intrínseca, con todo el peso que han sabido darles verdaderos genios que se han postrado de rodillas ante la majestad de la Iglesia Católica. Estos hombres extraordinarios, al mismo tiempo que han continuado en sus estudios científicos, han

consagrado gran parte de sus tareas á la manifestación y vindicación de la verdad religiosa, que quizá antes impugnaron por sistema, como lo hacen ahora muchos de nuestros adversarios. ¡Ah, Señor, tócales el corazón, conviértelos á tí, haz que todos te busquen y te amen, y que nuestra patria, en vez de tener vergüenza al mundo le dé ejemplo de sumisión, de respeto á ti que eres el moderador de las sociedades! ¡Qué venga esa época feliz por la que tanto hemos suspirado!